

Incluido en "Inquietudes y meditaciones"

La hora de la resignación



AY en el día sereno y claro, en el día de cielo, una hora en que el tiempo parece, como un río en un lago, detenerse y reflejar la infinita hondura de la eternidad. Es como si el tiempo se abriera poniendo al descubierto sus entrañas. Y esa hora es la hora que sigue al ocaso, cuando la luz se derrite en la sombra, el celaje es como de plata encendida y el paisaje pierde su masa y se hace como cortina que cuelga del cielo.

Porque a esa hora es como si el campo, no más que superficie, no más que tapiz, se levantase. La llanura se hace vertical. Diríase un enorme bastidor de escenario tras del cual se extiende el vacío de una derretida luminosidad. A esa hora sagrada es cuando se comprende toda la fuerza de aquella metáfora por la que se llama *cuchillas* a las cumbres de los cerros y oteros que se recortan en el horizonte.

Y así, en el centro de una llanada que recorta en redondo el celaje parece hallarse uno como en un hondo valle, cerrado del universo. Es acaso el valle de lágrimas — *lacrimarum vallis* — de que hablamos en la Salve a la Virgen Madre. Y sobre el cerrado valle de lágrimas van naciendo, poco a poco, y temblorosas las estrellas.

Ahora, en esta hora sagrada del ocaso, del estancamiento del tiempo, se nos reduce a dos solas dimensiones el suelo en que vivimos, es ancho y alto. La profundidad se funde en infinitud, que no tiene medida. Y nunca sentimos más la hondura de lo visible que ahora en que se ha fundido.

Las torres de la ciudad, más que destacadas en el cielo, repujadas en él, parecen por otra parte recortadas en láminas. Sus huecos y ventanales son como ojos abiertos al infinito; ojos no de ver sino de ser vistos y de sorber lumbré; ojos hacia dentro con que esas torres miran su propia íntima eternidad.

La angustia, la constante angustia que le va fregando el corazón a todo el que se siente vivir, esto es: a todo el que se siente morir de continuo, se repliega un momento, se roza y deja al desnudo lo que hay debajo de esa angustia: la resignación.

Es el corazón de todo hombre que siente la historia y que se siente en ella, que sueña en los que le precedieron y en los que le sucederán, que experimenta sobre sí el vaivén de la trágica lanzadera llevando el hilo de su vida entre la trama y la urdimbre de la fatalidad; es el corazón de todo hombre histórico a la manera de un reloj de arena. Sólo que esa arenilla se lo va desgastando poco a poco. Y en esta hora es como si caída toda la arenilla de la ampolla superior, la celeste, en la inferior, la terrestre, antes de dar vuelta al reloj de arena reposara éste un momento. El corazón se para. Entre el sistole de la noche y el diástole del día el corazón se para.

Todas las visiones que de la ciudad a esta hora del misterio guardo se confunden en una sola. Años enteros se condensan en estos mo-

mentos. Y aun más que años, siglos. Es increíble que esa silueta, como de sombra chinesca, no haya sido siempre así. El instante se hace eternidad; el punto se hace infinitud.

Suñó el pobre torturado corazón de Nietzsche con la vuelta eterna, con el eterno retorno, y tenía a mano, a mano del corazón, el instante eterno. Es que acaso el pobre torturado corazón de Nietzsche no descansó ni un solo instante, no se detuvo ni un momento entre sistole y diástole, entre el vaciarse de una celda y el llenarse de la otra del reloj de sangre. Que un reloj de sangre es el corazón.

Y esta visión así de la ciudad, a esta hora sagrada, con los chapiteles y pingorotas de sus torres, con sus cresterías y pétricas cenefas coronando la cuchilla que cierra este valle de lágrimas — de lágrimas hechas lago cristalino y quieto — esta visión ¿no es acaso un recuerdo? ¿Esto que miro y veo lo estoy viendo o lo estoy recordando? ¿No es pasado todo?

Se ha desvanecido el presente; todo se ha hecho pasado. Es decir, todo se ha hecho porvenir. No hay hoy; todo es ayer. Es que todo se ha hecho mañana.

El pueblo del *mañana* se nos llama a los españoles. Pueblo del porvenir, del verdadero porvenir. Esta ciudad de piedra de siglos que así se alza, depurada de su mariza corpulencia, al cielo; esta ciudad que a esta hora del ocaso, en este día sereno, despejado y quieto, se hace como bordado en el tapiz que hace de puerta del cielo, esta ciudad es el peso de la arenilla del gran reloj de la historia de los siglos.

¿Quién piensa ahora que Europa, que esta acongojada Europa que se siente agonizar de sobrepunto esté sufriendo al no sentir en sus exhaustos pechos la apoyatura de la leche con que ha de salvar a su cría de dolores y de luchas? Este cielo no es de Europa; el cielo no tiene patria. Podemos decir «mi tierra», pero no «mi cielo». Esa estrella que nace temblorosa allá arriba la ven desde las más diferentes tierras. Una constelación une las almas que separan sierras y ríos. Desde una y otra vertiente de aquéllas, desde una y otra orilla de éstos se ve la Silla de la Reina o las Siete Cabillas o las Tres Marias. O esa hoz de siega de la Luna menguada que va cruzando el cielo. Es la Luna de todos los hombres, que para todos crece y mengua por igual, que a todos nos enseña siempre la misma cara y nos oculta la otra.

¿Verán los muertos la otra cara de la Luna y en ella la cifra y el sino de nuestra suerte eterna? ¿Estará escrita en esa otra cara la verdadera palabra de Dios? «Cara de Dios la Palabra» dijo San Clemente Alexandrino (Pedagogo, VII, 57). ¿O será que la Luna no tiene otra cara? ¿Que es, como el campo a esta hora de la revelación del misterio de la resignación no más que una superficie, una pura superficie, una hostia sin grosura alguna, un sello divino sin materialidad?

Esta hora de la eternidad es la hora de la resignación. El alma se hace toda puro entendiimiento de puro recuerdo.

Miguel de Unamuno

[Caras y Caretas, Buenos Aires (R.A.) 23-IX-1922]

CARAS y CARETAS
nº 1251. 23-IX-1922 Buenos Aires



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRUCIOS.SAL.ES